

Prólogo

Uno de los aspectos más significativos de la peregrinación compostelana es el deseo de mantener viva la memoria de una experiencia que ha entrado profundamente en la propia vida. Desde el principio, desde el *Codex calixtinus*, cuyo quinto libro no es otra cosa que el relato de una peregrinación a Santiago, encontramos una amplia literatura memorialista. También el peregrino de nuestra época vuelve constantemente sobre sus pasos con la memoria, la ilusión y la nostalgia. Al lado de la Compostela, la credencial y las fotos encontramos frecuentemente en nuestras casas apuntes, notas y diarios de viaje.

En un cajón estaba bien guardado el diario de Balbanuz Benavides. No ha sido fácil, por lo que me consta, convencerla para que lo publicara. Pero insistiendo mucho, su padre y Ovidio Campo, peregrino y hospitalero como ella, como ella autor de un libro sobre su peregrinación a Roma, y luego su afortunado esposo, han conseguido persuadirla. Y han hecho muy bien. Porque se trata de una obra seguramente íntima y personal pero con una proyección mucho más amplia de la dimensión privada. En primer lugar porque une Santiago, Assisi y Roma, en un único largo peregrinaje, anticipando una tendencia que se está consolidando siempre más entre los peregrinos, luego porque nos ofrece una enorme cantidad de noticias sobre los caminos que sigue y, finalmente, porque en su peregrinación se advierte la nueva manera de entender el Camino que después de haber alcanzado Compostela se derrama hacia otras metas reuniéndolas todas en una única compleja realidad. Que Santiago no sea solo meta, sino también *initium* de nuevas peregrinaciones es sin duda una evolución preciosa e importante de las peregrinaciones actuales y contribuye a “compostelanizar” viejos caminos olvidados y a darles nueva vida y linfa a través del paso de los peregrinos. Libros como éste ayudan mucho a comprender el papel que en eso ha tenido nuestro amado y querido Camino de Santiago.

Balbanuz, peregrina de las verdaderas, hospitalera apasionada en las que una vez llamábamos ruinas de San Antón y que ahora relucen no solo por su belleza y por la historia que ha grabado imborrables tauts en sus muros de piedra, sino por ese entrañable hospital en el que las estrellas de Castilla iluminan directamente el sueño de los peregrinos, nos da finalmente la posibilidad de leer el relato de su extraordinaria peregrinación.

Balbanuz, como una buena peregrina de antaño, sale de la puerta de su casa en Madrid acompañada en sus primeros pasos por amigos y parientes preocupados y cariñosos. En la sierra de Guadarrama ya está sola, bajo la lluvia. La acompañan a partir de este momento su fe, su determinación, su mochila y sus ilusiones: *la solitude du pèlerin* diría Raymond Oursel. Una soledad activa y atenta, abierta a la escucha, con muchos encuentros y una elaboración aguda e íntima del camino. Desde el principio vemos que construye su propio itinerario, paso a paso, día por día, con ánimo nuevo según las dificultades, las ocurrencias, caminando con quien encuentra y hablando sobre todo a la profundidad de su propia alma. También en esto radica el encanto de la historia que nos cuenta.

No son sólo los itinerarios, la búsqueda de hospitalidad, las ciudades atravesadas, las dificultades, las capillas solitarias, las grandes catedrales, las decepciones y los dolores, es decir la compleja vida cotidiana del peregrino, son también, y quizás sobre todo, los encuentros con las personas los que llaman la atención de la autora como parte viva y compleja del Camino. Entre éstos, un peregrino que, al enterarse que va a Roma, le comenta: “no sé qué te habrá pasado para decidir hacer eso”. La respuesta está en este libro.

Paolo Caucci von Saucken

Presidente del *Comité Internacional de Expertos del Camino de Santiago*

Una presentación “subjetiva”

¿Recuerdas? Yo ya lo sabía porque tu madre me lo había dicho, pero tú todavía no me habías contado tus planes. Por fin, un día lo hiciste, de esto hace ya demasiados años y con esa serenidad que desarma, me comunicaste que querías hacer el Camino de Santiago sola y nada menos que desde Madrid hasta Santiago de Compostela y de allí a Roma. Aunque ya no era una sorpresa, el reto me sobrecogía. Yo solo te dije: "¿te puedo disuadir?" y tú me contestaste con una sonrisa firme y segura: "no". Conociéndote sabía que no podía hacer más y te desee buena suerte.

Tu madre y yo conseguimos arrancarte una promesa. Tu móvil permanecería en silencio, eso que tanto te gusta, pero tu compromiso te obligaría a enviarnos un mensaje todos los días con una sola palabra: la del lugar donde pasarías la noche. Después y cada diez días más o menos nos llamarías para contarnos algo de tu viaje. Ya sabes que tu madre me pedía volver a casa en La Haya a uña de caballo a eso de las ocho para leer el ansiado mensaje. Nunca he visto más planos desplegados en una mesa para seguir tu andadura. No obstante, tres o cuatro días de esos cuatro meses y medio que duró tu aventura fallaron por falta de cobertura y naturalmente fueron tres o cuatro noches en vela.

Siempre te dije y Ovidio tu marido, que entonces no lo era, estaba de acuerdo conmigo que este diario tenía que publicarse tal y como lo redactaste. Refleja fe, humor, cultura y cercanía de los hombres y las mujeres que en el Camino te ibas encontrando y no queríamos que perdiera frescura y espontaneidad. Aunque no lo sepas hay mucha gente que no conoces, que no te conoce y que ni tan siquiera sabe que has escrito este relato pero que lo está esperando. Han sido muchos años de espera para que vea la luz pero al fin aquí lo tenemos.

¿Qué puedo decir de tus experiencias que no estén aquí reflejadas? Con el paso del tiempo y ya con la serenidad de los recuerdos te pregunté por los peligros a los que eventualmente te habías enfrentado. Me contestaste: "el viento y los perros". Resultaba curioso pero no me bastaba e insistí con estas palabras. "¿y los bípedos?" No, ninguno me dijiste. Decididamente has conseguido probar que el filósofo no llevaba razón y que el hombre no es un lobo para el hombre. Al final de cada etapa te ofrecían un plato, un café, un afecto, una petición para Santiago o Pedro, o simplemente una sonrisa. En esas líneas el lector encontrará lo que aquí digo. Tu diario caminar acababa ciertamente con un aspecto poco aseado, posiblemente polvoriento o empapado, pero habiendo sabido llegar a lo más profundo del ser humano. ¡Deja que los demás nos enriquezcamos con tus experiencias! En fin, todos los que han hecho el Camino lo saben.

Es verdad que tu deseo se ha visto colmado y te ha llevado a visitar la tumba de dos apóstoles: Santiago y Pedro. Pero por favor, una petición, ¡no sigas que eran doce!

El Camino de Santiago te ha dado un marido y más tarde tres hijos. ¡No es poco! El esfuerzo mereció la pena y solo pido a Dios que os bendiga a ti y a tu familia en este otro camino que todos recorreremos hasta llegar a la meta desde donde iniciaremos el camino final... el Gran Camino.

Carlos, tu padre